

CARL Y ZETÍN INVESTIGADORES DE POSTÍN



INFO ABOUT RIGHTS



www.safecreative.org/work

Mónica Marful

Hola, mi nombre es Carl y soy uno de esos calcetines que nunca se encuentra al salir de la lavadora.

Ya sé que existen muchas teorías sobre el increíble misterio de los calcetines y la lavadora: la del monstruo que habita en ella y se alimenta de nosotros, la que afirma que el artilugio es una máquina del tiempo y viajamos de época en época rescatando damas en peligro, que si se trata de una nave espacial y volvemos en ella a nuestro planeta Calcetinus III...

Nada de eso es cierto y yo, en absoluta primicia, os lo voy a desvelar.

Resulta que a los calcetines nos asignan una pareja desde que nacemos. Es más o menos como un matrimonio concertado, el problema es que tu pareja es idéntica a ti, hace lo mismo que tú, piensa como tú, tiene tus mismos gustos... ¿Has pensado lo difícil y aburrido que puede ser vivir abrazado a una persona exacta a ti en todo? ¿a una fotocopia tuya?

Pues eso, que si eres un poco rebelde e independiente se te hace la vida un pelín dura. Por eso a veces, los calcetines más aventureros nos animamos y, dejando con mucha tristeza a nuestra pareja a la que a pesar de no aguantar queremos con locura, nos lanzamos a buscar nuevas emociones.

Yo siempre he sido un poquito egoísta y es por eso que mi pareja no estaba muy feliz conmigo, así que pensamos que lo mejor para los dos era buscar cada uno su camino. Seguimos siendo muy amigos y quedamos muchos días a tomar café, pero ya no vivimos atados el uno al otro en un cajón.

Ahora que ya sabéis dónde van los calcetines que desaparecen, desde aquí os pido a todos que no los busqueis, no les molestéis, ahora son felices porque hacen lo que realmente quieren: vivir aventuras y buscar nuevas emociones.

I. EL ENCUENTRO

Estaba yo en mi antro favorito de toda la casa: el club CRS (Cesto de la Ropa Sucia). Me encanta ese lugar, nadie se preocupa por su aspecto. Es increíble lo que un lavado puede hacer con la gente. Todos se vuelven vanidosos y engreídos después de unas vueltas con jabón. Por aquí al día de colada se le conoce como el día de SPA, primero al jacuzzi con jabones de marsella e hidratantes de lavanda (en la lavadora, por supuesto), después sauna (en la secadora) o solarium si es verano (en la cuerda de tender) y por último masaje con vapor caliente (la plancha).

En el CRS he conocido a camisetas estupendas, a pantalones muy enrollados y a alguna que otra media cariñosa, pero es salir de la lavadora y chico, si te he visto no me acuerdo, cada uno a lo suyo, todos empujándose por ser los primeros en entrar al SPA y pasar por la plancha. Desgraciadamente yo nunca sabré lo que es eso, los calcetines no tenemos el privilegio de ser planchados.

Sentir ese calorcito rejuvenecedor del que todos hablan es un sueño inalcanzable para mí, siempre intento enredarme en alguna sábana a ver si la plancha no se da cuenta y pasa por encima sólo un momentito para poder descubrir ese reconstituyente baño de vapor del que todos cuentan maravillas. Dicen que te revitaliza y te estira, que te deja nuevo, que es como un lifting.

Pues bien, aquel día estaba yo dentro del Cesto de la Ropa Sucia, como os he dicho y, para variar había discutido con Cuca, esa pija camisa de marca... Siempre que nos encontramos nos peleamos, nuestra principal diferencia es el amor por la lavadora, a Cuca le encanta y siempre escala puestos dentro del cesto para ser la primera en lavarse,

¿para qué tanto esmero? si total, una salidita a la calle, un paseo y vuelta de nuevo al CRS.

A mí el agua siempre me ha dado un poquito de repelús, por eso intento atrincherarme en el fondo del cesto, escondido entre los trapos de cocina para que no me encuentren.

Allí conocí a Zetín, en la zona más profunda del CRS. Estaba hablando con una servilleta blanca que tenía una enorme mancha de tomate en el centro, cuando la servilleta se fue camino de la lavadora, Zetín se puso a llorar, estaba desconsolado porque la lavadora nunca conseguiría limpiarle aquella enorme mancha a la pobre servilleta, así es Zetín, un sentimental.

Comenzamos a charlar y vimos que teníamos muchas cosas en común y que los dos estábamos desparejados así que decidimos quedarnos a vivir por allí cerca, en algún lugar del cuarto de la plancha en el que nadie mirase muy a menudo.

Así lo hicimos, después de pasar toda la noche charlando con unos grasientos trapos de cocina y unos sucios y apestosos calcetines deportivos, decidimos que era el momento de pasar a la acción.

Cuando salió la primera remesa de ropa camino de la lavadora, Zetín y yo, nos agarramos con todas nuestras fuerzas a un mantel y nos dejamos caer en un viejo barreño con manchas de pintura en el que vivían las brochas y los pinceles que nadie usaba desde hacía tiempo.

II. EL COMIENZO

Una vez instalados en nuestro nuevo hogar, un rincón detrás de la estantería, decidimos que si ya no íbamos a tener utilidad como calcetines, deberíamos buscar un modo de ganarnos la vida y entretenernos, es decir, un trabajo. Los dos éramos bastante fisgones y nos gustaba charlar con todos los habitantes de la casa, desde el puntero láser, alma de todas las fiestas, tan engreído y aclamado por todos, hasta la tímida salsera de porcelana que nunca salía del aparador del comedor. Así que comenzamos a pensar qué clase de trabajo encajaría con nosotros, como Zetín es bastante cenizo, a todo decía que no.

Carl- Podíamos ser bomberos por si un día hay fuego en la casa. Tendríamos un camión con sirena y mangueras y...

Zetín- No Carl, que si hay fuego lo mismo nos quemamos o peor, nos asfixiamos con el humo, o a lo mejor echamos tanta agua que nos ahogamos, o...

Carl- Vale, vale entendido. ¿Y policías? Haríamos persecuciones en patín, llevaríamos armas y la nevera nos invitaría a comer y beber de todo para que la protegiéramos...

Zetín- No, no, qué locura podemos tener un accidente en una persecución o se nos puede disparar el arma y hacernos un agujero en el talón, o...

Carl - Bueno bueno, quejica, nada peligroso. ¿Qué te parece periodista?

Zetín - ¿Te has vuelto loco? Eso es aún más peligroso que bombero o policía. Si hablamos de los demás pueden venir y darnos tal paliza que el elástico se nos dará de sí y seremos unos calcetines caídos a los que nadie querrá.

Carl - Qué más da, si con la peste que echamos nadie nos va a querer de todas maneras. A ver, pues da tú alguna idea.

Zetín - No sé, yo estaba pensando en algo más tranquilo como pastelero o vigilante del cuarto de plancha.

Carl - Eso, hijo, buscando emociones fuertes...No, ya sé, seremos...

¡INVESTIGADORES PRIVADOS!

Zetín - ¿Estás seguro, Carl?

Carl - Completamente, Zetín. Será excitante y divertido. En este mundo hay muchos misterios y... cuando surge un fenómeno paranormal... ¡allá va Carl!

Zetín - ¡Ay, San Calamar! ¡Seguro que sale mal!

III. EL CASO DEL OSITO DESAPARECIDITO

Estábamos Zetín y yo tomando un tentempié con la Batidora y la Cafetera cuando Mani, la manopla de bebé azul que nos seguía a todas partes, vino corriendo con la lengua fuera.

Mani- ¡Don Carl! ¡Don Zetín! Ha ocurrido algo terrible. Tienen que venir enseguida. Ha sido en la habitación de la niña. ¡Vamos, vamos! Tenemos que ir allí, el clan Peluche está muy alterado, Osi, el más pequeño de la familia ha desaparecido. ¡Hay que encontrarle!.

Carl – Tranquila chica, no te alteres y vamos, que si hay un fenómeno paranormal...

¡Allá va Carl!

Zetín - ¡Ay, San Calamar! ¡Seguro que sale mal!

Nos pusimos en marcha rápidamente y enseguida llegamos al dormitorio de la niña. El escenario era desolador, todos los peluches estaban desconsolados y nerviosos, los marcos de foto abatidos, los patines desolados...

Carl - A ver, que nadie se mueva, han llegado los profesionales. ¿Qué ha pasado aquí?

Todos se apartaron cuando llegaron Carl y Zetín.

Carl - Mira cómo nos admiran, Zetín, siempre que entramos todos se apartan y nos hacen corrillo.

Peluches y demás habitantes de la habitación- ¡Madre mía! ¡Qué peste echan estos tíos! Es mejor que no nos acerquemos a ellos, ¡qué asco!.

Zetín – Carl, yo creo que no nos admiran, lo que ocurre es que piensan que unas vueltas en la lavadora no nos vendrían mal.

Carl - No digas tonterías, Zetín y atiende.

Zetín - Sacaré unas fotos del escenario del crimen.

Al oír esas palabras de Zetín todos los peluches se pusieron a llorar y a balbucear. ¡Crimen! ¡Crimen! ¡Pobre Osi!, exclamaban. ¡Lo han asesinado!

Pato Peluche- Perdona, Don Carl, ¡¿crimen?!.

Carl - No, no se preocupen, es el atontado de mi compañero, Zetín que siempre confunde las palabras, ha querido decir suceso, el escenario del suceso.

Zetín - Lo siento, yo... ¡es que me pongo muy nervioso!.

Carl - A ver por favor salgan todos que vamos a estudiar el caso.

Todos salieron de la habitación, a excepción de los muebles que se quedaron para ser interrogados.

Carl se dispuso a hablar con la cama mientras Zetín tomaba notas de todo lo que decían.

Carl - A ver, Doña Cama, ¿dónde estaba usted en el momento de la desaparición de Osi, el osito?

Cama- Pues aquí, donde siempre, entre la mesilla y la pared. Soy grande, vieja y torpe y no tengo demasiada movilidad. Ya son muchos años aguantando a esos malcriados saltar sobre mí como si una...

Carl – Bien, bien señora, entiendo. ¿Puede usted decirme qué estaba haciendo Osi la última vez que le vió?

Doña Cama- No lo recuerdo...

Cómoda Comodín- Saltaba sobre ella. No quiere decirlo porque es algo que odia que hagan.

Doña Cama- Ya tuvo que hablar la chivata... ¡Cotilla! Me preguntaban a mí. No sé quién te ha dado a ti vela en este entierro...

Carl - A ver, señoras, señoras, no discutan, ¿Osi saltaba sobre usted?

Doña Cama- Ese pequeñajo, siempre está haciendo gamberradas, salta sobre mi, le esconde las llaves a Don Armario, abre y cierra de golpe los cajones de Cómoda... ¡Es un trasto muy maleducado!

Peter Perchero- Sí, pero no es mal chico, un poco travieso únicamente.

Carl – Toma nota, Zetín. A ver, ¿quiénes son sus colegas? ¿Con quién se mueve?

Don Armario- Ese chico siempre está haciendo gamberradas y como es el más pequeño de los Peluches, todos le encubren. Yo les digo que le castiguen, pero no me escuchan, creen que soy un viejo que no sabe lo que dice. El que más le defiende y cuida es Pato Peluche y su mejor amiga es Mona Peluche.

Carl - Hablemos con ellos. Zetín dile a Pato y Mona Peluche que pasen.

Zetín salió a buscarles y entró de nuevo con ellos que estaban muy tristes y nerviosos.

Carl - A ver, ustedes, ¿cuándo fue la última vez que vieron a Osito?

Pato - Yo estaba charlando con Marco Fotos, el mayor de la familia y ví que Osi saltaba sobre la cama. Entraron un montón de juguetes de la habitación del niño armando jaleo, al parecer celebraban una despedida de soltero. Fue entonces en el tumulto cuando le perdí de vista. Yo sé que le consiento mucho, pero si le encuentra prometo vigilarle más y hacer que se porte mejor.

Mona- Yo le vi hablando con una marioneta, era un payaso de esos horribles con la cara blanca y los labios rojos que te provocan pesadillas. El tipo no me gustaba un pelo y se lo dije: “Osi, ten cuidado que este tipo es muy extraño”. A Osi le gustan mucho las aventuras y los libros de piratas nunca había salido de nuestra habitación, por eso siempre interroga a los recién llegados. A veces se pone un poco pesado haciendo preguntas sobre la vida en los otros lugares de la casa. El payaso le estaba contando historias sobre extraños sucesos y ahora que recuerdo hablaba algo sobre un tesoro escondido en un viejo baúl...

Carl - Mmmm. Viejo baúl... ¿Han mirado si están aquí las cosas de Osi?

Pato- No, el pequeño sólo tiene una mochila y un jersey que no se pone nunca porque aquí en la habitación de la niña siempre hace calorcito. Aquí es donde lo guarda... ¡Dios mío! ¡No está la mochila, ni el jersey! ¡Pero si nunca lo usa! Carl, ¿Cree usted que puede tratarse de un secuestro?

Zetín -¡Dios mío! No diga eso, cómo va a tratarse de un secuestro ¡Qué miedo! Carl, mejor cerramos el caso, está clarísimo que el pequeño estará escondido, es una chiquillada, venga, volvamos al salón y nos tomamos un batido de fresas con...

Carl - ¡Zetín! ¡No seas cagueta! Compórtate como un profesional. ¿Qué van a pensar estos señores de nosotros? Vamos, síganme todos, creo que ya sé dónde buscar. Sin duda ese siniestro payaso es un habitante de...¡el desván!

Todos se callaron de golpe.

Zetín - ¿E..El... desván? ¿Estás seguro? ¡Ay, San Calamar! Es más terrible de lo que esperaba. ¿No estarás pensando en subir allí? ¿No, Carl? Allí sólo entran los que no van a volver a salir. Ya lo sabes... Además si Osi está en ya sabes dónde no creo que nadie pueda salvarle. Yo no pienso subir, lo tengo clarísimo. Al desván, menuda tontería, allí sólo hay trastos viejos e inservibles, polvo, suciedad...

Zetín no se había dado cuenta pero mientras protestaba había ido siguiendo a Carl y ahora se encontraban ante la puerta del desván.

Zetín - ¡Glup!

“Adelante Zetín, sígueme”. Dijo Carl mientras abría la puerta del desván y decía a una silla que se colocara delante de la puerta porque si se cerraba, quizá nunca pudieran salir.

Era cierto, Zetín tenía razón. Contaba la leyenda que cuando Mamá o Papá subían alguna cosa al desván, ésta nunca volvía a ser vista, simplemente desaparecía, nunca volvía a bajar. Se hablaba de un monstruo que habitaba allí y al que alimentaban con todo lo que ya no les resultaba útil.

Estaba muy oscuro y había mucho polvo. A Carl y Zetín les acompañaba una linterna muy valiente: Lucecita. Esta vez Carl no dejó que Mani fuera con ellos, era una misión demasiado peligrosa para una manopla tan pequeña. Por fin entraron e iban los tres avanzando muy pegaditos.

“Vamos a morir todos, lo sé Carl, esto está lleno de maleantes”. Susurró Zetín temblando de miedo.

Carl - Por el amor de Dios Zetín cállate y no seas cenizo, ¡aquí no va a morir nadie!, vamos a encontrar a Osi y asunto arreglado. ¡Osi,osito! ¿Estás aquí?

La verdad es que Carl tenía tanto miedo como Zetín, pero prefería disimularlo. De pronto se oyó una voz profunda y serena que venía de la oscuridad y los tres pegaron un buen bote del susto.

Voz- ¡Vaya peste que echáis vosotros! ¿Tío, de dónde habéis salido? ¿De un estercolero?¿Es que no sabéis lo que es el jabón?

Carl - Hola, estamos buscando a Osi Peluche, creemos que han podido engañarle y subirle aquí en busca de aventuras.

La voz se acercó a ellos y Lucecita le iluminó. Era una vieja zapatilla de estar por casa y tenía un enorme agujero a la altura donde debería encajar el dedo gordo del pie. Era de cuadros rojos y verdes y aunque estaba muy descolorida, en su juventud debió ser una estupenda zapatilla.

Tilla Zapatilla- Soy Tilla, yo estoy siempre aquí, cerca de la puerta, esperando que cuando entre alguien me vea y decida repararme y hacer que me sienta útil de nuevo. Hace un rato ha entrado el sinvergüenza de Payo, el payaso con un peluche bastante asustado, a diferencia de vosotros olía muy bien, como a jabón de fresa y llevaba una mochila al hombro y un bonito jersey de rayas rojo y blanco, se han ido hacia el fondo.

Carl y Zetín fueron entrando. Según caminaban fueron viendo toda clase de objetos tristes y deteriorados: una vieja peonza, un vetusto y polvoriento libro...

Carl - ¡Eh!, yo conozco a es par de botas. ¡Oye, oye! Bota, ¿qué hacéis vosotras aquí? ¿Cómo es que os han desterrado? ¡Si estáis estupendas!

Bota- ¡Hola, Carl, amigo!

Los tres se fundieron en un fuerte abrazo. La Bota Derecha les explicó que a ellas todos los veranos las guardaban en el desván porque eran unas botas de lluvia y sólo las utilizaban en invierno.

Carl le contó lo que había pasado y las botas les dijeron todo lo que sabían.

Bota Derecha- Ese payaso... Sabía que traería problemas nada más verle. Es un fanfarrón y le gusta que siempre haya alguien admirándole y haciéndole la pelota, como

aquí todos le conocemos, nadie le hace caso. Suele estar en ese baúl esperando a que traigan nuevos trastos entre los que haya alguien un poco inocente para engatusar. Nunca había salido del desván, pero por lo que me cuentas debió colarse entre la ropa de verano que Mamá vino a recoger el otro día. Venid os acompañaré al baúl.

Todos se acercaron hasta allí un poco asustados. No había ni rastro del payaso. Abrieron el baúl muy despacio y lucecita iluminó su interior. Era muy profundo pero allí, en una esquina al fondo al fin le encontraron. ¡Allí estaba Osi!

El pobre pequeño lloraba de miedo y estaba muy sucio y tembloroso. Carl se ató una cuerda y bajó hasta el fondo del baúl. Mientras arriba Zetín, Bota Derecha y Tilla Zapatilla sujetaban el otro extremo. Lucecita iluminaba desde el borde y Bota izquierda vigilaba. Carl recogió a Osi y entre todos les subieron del abismo.

En ese momento apareció Payo, el payaso, llegaba con su siniestra pandilla: una vieja hacha mellada y un destartado coche de carreras. Se habían colado en la despedida de soltero y habían estado bebiendo, estaban borrachos. Entre las Botas, Carl y Zetín redujeron a los tres y atraparon a Payo.

Carl y Zetín se despidieron de los que les habían ayudado en el desván porque no les estaba permitido salir de allí y se bajaron llevando al horrible payaso detenido, Lucecita conducía a Osi de la mano.

Juzgaron al malhechor, le declararon culpable de secuestro y le condenaron al destierro en el garaje. Era el peor lugar que conocían, nadie quería estar allí porque hacía mucho frío en invierno y mucho calor en verano. Le prohibieron la entrada en la casa, si no cumplía y cruzaba la frontera, CB se encargaría de él. CB era el imponente Cubo de Basura, si él te atrapaba estabas perdido, entonces jamás, jamás regresabas.

Era un gran chico y muy amigo de Carl y Zetín ya que además era el DJ de todas sus fiestas.

Cuando todo estuvo solucionado, ¡menuda fiesta se montó! Todo el clan Peluche estaba feliz porque había regresado el pequeño Osi sano y salvo. Estaban tan agradecidos a Carl y Zetín que les regalaron unos puros de chocolate y no dejaron de bailar en toda la mañana.

Osi estaba muy cansado, pero muy feliz de volver a ver a su familia porque había pasado mucho mucho miedo allí solito. Había aprendido la lección.

Osi- Chicos: por muchas ganas que tengáis de aventura no os vayáis nunca con desconocidos. Sólo debéis hacer caso a vuestra familia y antes de ir a cualquier lugar, tenéis que pedir siempre permiso a los mayores que son los que cuidan de nosotros y saben lo que nos conviene porque nos quieren de verdad.

FIN